

y penetrante de la mañana disipó las nieblas de su cabeza; veíase libre, sola, bella, y la juventud rebosaba en su alma; parecióle que una vida nueva se abría ante sus ojos, y precipitó el paso, volviendo á entonar su canción.

De repente oyó el trote rápido de algunos caballos, y poco después llegaron cerca de ella Lucrecia y Victoria, acompañadas de uno de los ancianos caballeros de la comitiva, de dos jóvenes de la misma y de dos lacayos.

Las dos primas lanzaron una mirada desdeñosa á Carolina y pasaron sin saludarla.

En cambio los caballeros se inclinaron ante ella con exquisita cortesía.

La cólera y el rubor á un tiempo vistieron de carmín las facciones de Carolina, embelleciéndola mucho más; miró á los jóvenes con una atención mezclada de reconocimiento: por nada del mundo hubiera ella querido que el Conde de Montilla hubiese sido testigo del desaire que le habían hecho las dos damas; pero el Conde no iba entre ellos.

Los paseantes pusieron al galope á sus caballos y se alejaron, seguidos de sus lacayos.

Carolina, después de permanecer algunos instantes inmóvil y absorta en sus reflexiones, se alejó lentamente para continuar su paseo.

CAPÍTULO VI

La incógnita.

La joven, llevada de su ordinaria costumbre, dirigió sus pasos naturalmente á casa de sus padres. Berta era, á los ojos de su hija, lo más sublime y elevado que conocía.

La joven, que tenía un claro talento, había comprendido desde muy temprano, cuál era el mal que aquejaba á su madre, y la pena que había agostado en flor su encantadora belleza. Sabía que el grosero materialismo de su padre, que su carácter brusco y sus soeces costumbres eran las que habían amargado, después de haberla reducido á la pobreza, la existencia de aquella noble y hermosa mujer que llevaba el nombre de Berta.

Más de una vez los había contemplado con una expresión dolorosa, durante las largas veladas del invierno; más de una vez había visto á su padre dormitando en la postura más fea é indecorosa, en tanto que su madre bordaba cerca de una mísera luz una delicada flor.

Entonces en el alma de la joven se alzaba

una conmiseración profunda por su madre; se levantaba y se arrojaba en sus brazos, sin poder pronunciar más que estas palabras entrecortadas por el llanto:

— ¡Oh, madre mía!

Berta dejaba su aguja, estrechaba á su hija contra su pecho, y luego le señalaba el cielo, diciéndole con una elocuente y triste mirada:

— Allí se acaban todos los sufrimientos.

A la sazón, Carolina conocía mejor que nunca el valor de su madre; desde que como un meteoro brillante había aparecido la cabalgata de Madrid, todo había palidecido en torno de la joven: sus suegros, su marido, le parecían groseros hasta lo insoportable; su hermana, que en lo insolente y vulgar era un retrato de su padre, la molestaba dolorosamente con sus palabras descompuestas y sus ruidosas carcajadas.

La parecía que el sol tenía menos brillo, y las campiñas menos hermosura, ante aquellos personajes deslumbradores con su lujo y con su exquisita elegancia: sólo su madre no palidecía ante aquellas mágicas figuras; sólo su madre era bella como ellas, elegante como ellas, distinguida como ellas: delante de aquellas mujeres la frente de su madre no se había inclinado; las había tratado de igual á igual, y ellas le habían manifestado una consideración, una deferencia ilimitada, al ofrecerle su amistad.

Carolina no podía ir, pues, á otra parte que

al lado de su madre; porque cuando una cosa nos impresiona fuertemente, nuestro deseo mayor es acercarnos á lo que aquella cosa se aproxima.

Carolina, en vez de cruzar la calle para ir á casa de su madre, había salido por la puerta falsa que daba al campo: tenía que dar vuelta á unos olivares y viñedos, y luego al cercado en el cual se abría la puertecita que comunicaba con la gran calle de álamos y alisos del jardín de su padre.

Quizá no era sólo el deseo de ver á su madre, lo que llevaba á Carolina á aquel sitio; quizá en pensar que bajo los muros del palacio reposaban los huéspedes de Madrid, entraba por mucho en la dirección de sus pasos: como quiera que sea, ella pasó de un extenso olivar á un viñedo, y siguió el cercado paralelo al palacio con intención de llamar á la puertecilla.

Pero, con alguna sorpresa suya, la vió abierta así que llegó á la distancia que su vista podía alcanzar; y aunque sabía que se quedaba siempre con un simple pestillo interior, no por esto dejó de preguntarse quién podría haber salido tan temprano.

— Habrá sido alguno de mis hermanos, se dijo á sí misma; habrá salido esta madrugada á correr por el campo, y quizá se habrá olvidado de cerrar.

Entró, sin inquietarse más, en el jardín, cerró la puerta tras sí, y se internó en la larga calle de álamos y alisos que, como ya dije al principio de

esta historia, se extendía en toda la longitud del jardín.

La mañana estaba hermosísima: cantaban los pájaros en las ramas de los árboles, y las fuentes del jardín murmuraban tranquilamente, oyéndose su susurro entre la cadenciosa armonía de los jilgueros.

Embalsamaba el ambiente un penetrante aroma exhalado de las flores que, aunque no en gran número, había dejado en el jardín el espíritu utilitario de Villena; pero nada de esto agradaba ó distraía á Carolina: su oído avizor anhelaba escuchar la voz de alguno de los huéspedes del palacio, y sobre todo, la del Conde de Montilla.

Como se ve, Carolina era ya culpable, aunque sin saberlo ella misma y sin que se diera cuenta de ello: su imaginación era la delincuente, y aunque su corazón permanecía puro, es bien cierto que, dando rienda suelta á aquélla, tardaría muy poco en participar de la misma falta.

Por dicha para su tranquilidad, ningún rumor sonaba en el palacio: era evidente que todos dormían, y que sólo habían sido madrugadores los paseantes que habían pasado por delante de la casa de Carolina; y sin embargo, la joven sentía un ansia, un vacío indescribibles: deseaba algo que no se atrevía á confesarse á sí misma; deseaba oír un acento, ver una sombra, y volverse otra vez á á su casa.

Sin duda en busca de esa sombra y de ese

acento, dirigía sus pasos al palacio, á lo largo de la calle: allí alzó la cabeza; se hallaba al lado del gran tilo que terminaba la alameda, y bajo su pomposa copa, y sentada al pié del tronco, había una mujer.

Carolina se detuvo casi sobrecogida: creyó al pronto que era una de las huéspedes del palacio, pero no tardó en conocer su error.

Aunque la incógnita se hallaba sentada de espaldas al sitio por donde iba paseándose Carolina, se adivinaba fácilmente que no contaba tantos inviernos como la Marquesa de Alhama, ni tan pocas primaveras como sus hijas y sobrinas: vestía de negro: su traje se doblaba en grandes pliegues, llenos de majestad y de gracia; una manteleta, también de seda, cubría sus hombros, y sobre ella volvía un cuello de una blancura deslumbradora,

Carolina pudo ver muy bien sus cabellos rubios y abundantes, á través de una gorra de tul, de sencilla pero elegantísima hechura, que cubría su cabeza, inclinada sobre un libro que tenía abierto sobre sus rodillas.

La joven avanzó un poco la cabeza, impulsada por la curiosidad, y vió el perfil de la desconocida; mas apenas le hubo divisado, se pintó en sus facciones la más grande sorpresa, pues era muy difícil imaginarse un semblante más puro y encantador.

Era una mujer como de treinta y cinco á treinta y siete años, de tez diáfana como el nácar, de

rasgados ojos color de cielo, delicada nariz y boca encantadora: sus cabellos rubios y espesos bajaban en dos bandos por sus sienes, y salían después por debajo de su gorrito de tul en numerosos rizos: una de sus manos, delgada, pequeña y blanca, sostenía el libro; la otra caía con abandono sobre su vestido, cuyo negro lustroso y brillante hacía parecer más bella su exquisita forma.

A un movimiento que hizo Carolina, volvió la cabeza, y después se levantó con dignidad y cortesía.

—Señorita, dijo con dulce acento, pero en el cual se reconocía desde luego su origen extranjero, he entrado por la puerta que hay al principio de esta calle; es, sin duda, un atrevimiento de mi parte el haberlo hecho; pero me pareció tan hermoso el sitio, que no pude resistir á la tentación.

—Mi madre, señora, respondió Carolina, á quien había impresionado de un modo agradable la armoniosa voz de la dama, mi madre se tendrá por muy honrada con que V. frecuente este sitio, si le agrada.

—¿Vive V. aquí, señorita? preguntó la incógnita; porque esto sería para mí un encanto nuevo.

Carolina se inclinó, ruborizándose un poco, pues la lisonja era para ella desconocida, y la confundía algún tanto con las demostraciones de la simpatía: luego respondió con tristeza:

—Yo no vivo aquí, señora.

—¿Pues no está V. con su madre?

—No, señora. Y Carolina reprimió un suspiro al dar esta contestación. Luego, mirando enfrente de ella, añadió:

—Creo que viene mi madre, y ella repetirá á usted su satisfacción de que haya honrado su casa.

En efecto, un instante después se divisó entre los árboles un humilde traje negro de lana, y bien pronto la noble y modesta figura de Berta apareció á los ojos de la incógnita y de Carolina.

—Mamá, dijo ésta, señalando á aquélla, esta señora ha entrado en casa por casualidad, y dice que le agrada este sitio: en este instante le aseguraba, en tu nombre, que puede disfrutar de él siempre que guste.

—Mi hija ha dicho la verdad, señora, respondió Berta con graciosa cortesía: mi jardín y yo serémos muy honrados con la presencia de V.

Luego, volviéndose á Carolina, la abrazó, la besó en la frente, y después, apoyando las manos en sus hombros, dijo con un acento indescribible de ternura y de temor:

—Estás pálida y ojerosa, hija mía: ¿has dormido mal esta noche?

—¡Oh, muy mal, mamá! respondió la joven, meciendo tristemente la cabeza.

—¿Por qué has madrugado tanto entonces?

—No sé: me ahogaba en casa.

—¿Y Bernardo?

Carolina, antes de responder á esta pregunta, miró á la desconocida: al mismo tiempo se puso

muy colorada; y luego, como si la avergonzase lo que iba á responder, dijo en voz muy baja:

—Ya se fué al campo.

La dulce mirada de Berta tomó, al ver la confusión de su hija, una expresión de triste reproche: luego se volvió á la dama y le dijo con voz firme:

—Mi hija, señora, está casada con un joven, labrador de este pueblo, y por su esposo le preguntaba.

—¡Cómo! exclamó la desconocida, en cuyas facciones se pintó la sorpresa que sentían todos al saber quién era el esposo de Carolina; ¡cómo! ¿esta joven esta casada con un labrador?

—Sí, señora, respondió Berta, cada vez más contristada de la culpable confusión de su hija; está casada con un labrador; con un excelente joven que la ama, que tiene un noble y hermoso corazón, que es un hombre honrado.

—De ese modo, hija mía, puede V. llamarse dichosa, dijo con tristeza la incógnita: el hombre que nos ama, que es bueno y honrado, es el mejor para marido: esto se lo asegura á V., por mi boca, la experiencia.

Dijo la dama estas palabras con una expresión tan triste, que madre é hija guardaron silencio: se advertía en su acento una convicción tan melancólica, mezclada á una especie de remordimiento tan amargo, que ambas conocieron guardaba en el fondo de su alma una dolorosa historia, la historia de su vida.

—Yo he tenido un esposo bueno, noble, que me amaba mucho, y á quien no supe estimar, prosiguió la desconocida, cuyos ojos se cubrieron de lágrimas: ¡no sé qué ha sido de él! y hoy, después de diez y siete años que he dejado de verle, que por mi voluntad me separé de él, hoy daría la mitad de lo que me queda que vivir, por pasar el resto á su lado!

Al oír decir á la incógnita que se había separado por su voluntad de su marido, Berta dió un paso atrás: aquella virtuosa mujer, que había sido martir del carácter de Villena, no podía comprender que ninguna mujer del mundo se separase del suyo: Berta creía mucho más fácil y sencillo morir que faltar á su deber.

La dama incógnita vió aquel movimiento de repulsión y comprendió su pensamiento; un súbito carmín vistió sus facciones, y dijo con voz entera y grave:

—He sido imprudente, ó mejor dicho, infeliz, señora, pero jamás culpable; algún día contaré mi historia á su hija de V., y le servirá de ejemplo para no dejarse llevar de ilusiones ni de los sueños de la imaginación; entretanto, puedo alargar á V. mi mano sin rubor y decirle que soy digna de ser su amiga.

—Lo creo así, señora, repuso Berta, tomando la mano que le presentaba la desconocida, conmovida y avergonzada á un tiempo de su anterior ademán de repulsión; lo creo así, y para pro-

bárselo, iré á visitarla mañana con mis hijas.

En aquel momento, y cuando la dama iba á contestar, se oyó una voz chillona que cantaba una de esas mil canciones que se oyen por las calles y que llevan el sello de la grosería, y poco después se vió venir corriendo por uno de los senderos del jardín una muchacha alta, desgredada, mal vestida, y que traía los zapatos en chancleta.

Era Hortensia, que á la sazón tenía ya diez y siete años, y que obraba con el mismo desahogo que si sólo contase diez.

Era poco más baja de estatura que Carolina; tenía la tez morena, los ojos negros, y negros también los cabellos, que se cortaba á cada instante, porque no quería peinarse ni que la peinasen su madre; por lo demás, sus facciones eran bastante agradables; tenía la boca grande, pero fresca y adornada de una bonita dentadura; la nariz corta y levantada, pero muy graciosa.

Su frente era la parte más desagradable de su rostro, porque demostraba su escasa ó ninguna inteligencia; era estrecha y deprimida y estaba cargada de cabellos.

El traje de aquella joven era tan descuidado, tan sucio, taa feo como el de cualquiera de las muchachas labriegas del lugar; llevaba un vestido de percal oscuro, roto lastimosamente y muy sucio; sus manos estaban negras; sus uñas largas; por encima del cuerpo del vestido, descosido en

mil partes, llevaba atado un pañuelo de percal descolorido: en fin, el aspecto de aquella joven era á un mismo tiempo sórdido, lastimoso y grosero; había en ella un aire extraño de ¿qué se me da á mí? que hace daño á todos los seres delicados cuando lo ostenta una joven que se halla en la primavera de la vida.

—¿Qué quieres, hija mía? preguntó Berta á Hortensia antes de que llegase.

—¡Canario! ¡no parece sino que le incomoda á *usted* al lado! respondió la muchacha, mirando á su madre con insolente grosería; ¡aguárdese á que llegue y lo diré!

La dama miró con extrañeza á Hortensia, y luego volvió los ojos á Carolina, como dudando que pudiesen ser hermanas; pero la misma Berta la sacó de esta duda, señalando á Hortensia y diciéndole:

—Mi hija menor.

—Y por cierto que nadie pensará que soy tal cosa, dijo Hortensia; al ver tan majas y emperrojiladas á mi madre y á mi hermana, y á mí de estas trazas, de fijo se habrá pensado esta señora que soy la criada.

—No, señorita, respondió la dama; es V. demasiado linda y agradable para eso.

—¡Bah, bah, señora! á mí no me gustan remilgos ni floreos, contestó bruscamente la muchacha; soy como mi padre: el pan pan y el vino vino: yo sé que soy fea y sucia y dejada; pero también sé

que no hacen de mí el caso que debían; mi madre, con excusa de llevar hábito, gasta vestidos de lana; mi hermana, como hace cera y pábilo del bonachón de su marido, lleva seda y blondas como las señoras de Madrid; y el resultado es que yo voy vestida de percal.

—¿Es posible, niña, que hayas de ser tan imprudente? preguntó Berta con severidad; ¿no sabes que he ofrecido hábito para toda mi vida?

—¡Bah, bah! pamplinas, como dice muy bien mi padre: ¡aquél sí que es corriente y neto! ¡como yo! Su pantalón de paño gordo y su chaquetón: ¡buena tajada de magra y buen trago de vino! y al que le *paízca* mal, se *golverá* de espaldas, ¡y *alante* con los faroles!

—¿Se podrá saber lo que te trae aquí? preguntó Carolina, encarnada como una cereza y deseando poner término á las groseras sandeces de su hermana.

—¡Vaya! ¡la mogigata! ¡la *esquesita*! ¡la madama! ¿te incomodo aquí, *verdá?* pues me da la gana de estar! ¿lo oyes? me puedo estar como tú y mejor que tú; porque tú debías estar en casa de tu marido, ayudando á tu suegra, ¿estamos? que la pobre vieja está más harta de tus chandrerías!...

—¡Qué criatura, Dios mío, qué criatura! exclamó á media voz Berta, dolorosamente afectada por aquella escena.

—Yo soy como mi padre; ¡qué remedio! dijo Hortensia; clara como el agua y poco amiga de

complimientos: por eso no se me dá á mí un bleo de que no me hagan ropa: yo no hago más que correr por las viñas y los campos... así es que ví venir á V. en aquel coche con su criada, y lo seguí hasta donde paró: de modo que sé su casa de usted, y *cualquiá* día que pase por allá subiré á verla.

—Yo, señorita, tendré en ello mucho gusto.

—Señora, si me lo *quié* dar á mí, dígame Hortensia á secas; y la *verdá* que no sé *pa* qué me han puesto ese nombre *enrevesado*: más quisiera llamarme Pepa, Juana ó Manuela.

La voz de Hortensia fué aquí dominada por un acento duro y regañón que se oyó hacia el fin del jardín:

—¡Berta! gritó la voz; ¿acabarás de venir, con mil diablos? ¿no he dicho ya que quiero almorzar?

Al oír aquellas palabras, dichas con no poco enojo por su padre, Carolina, llena de confusión, miró á la incógnita; pero, con mucha sorpresa de su parte, vió su semblante cubierto de una palidez mortal.

Parecía sorprendida, fascinada y aterrorizada á un tiempo de oír aquel acento sonoro, pero imperioso y duro.

—Señora, dijo Berta, me llama mi marido, y es forzoso que vaya á ver lo que desea.

—¡Toma, toma! repuso Hortensia: ¿qué ha de querer? Almorzar: á decirlo venía yo, pero hablando, hablando, se me olvidó.

Berta alzó al cielo una triste mirada: había en aquella mujer tal dignidad, que parecía no tener lugar en su alma para aposentar la cólera: acercóse á la dama, le dió la mano, y le dijo con acento afectuoso y lleno de deferencia:

—Hasta dentro de poco, que iré á ver á V. con mis hijas.

—La menor sabe dónde vivo, y servirá á ustedes de guía: mi nombre es Aurelia... permítame usted, señora, que por ahora no le diga más.

Berta se alejó, seguida de sus hijas.

En cuanto á la dama, á quien desde ahora llamaremos con el nombre de Aurelia que ella misma se ha dado, volvió á sentarse á la sombra del gran tilo, y abriendo su libro, trató de entregarse de nuevo á la lectura.

Imposible le fué, sin embargo, conseguirlo: su imaginación vagaba por regiones muy apartadas, porque sus labios se abrían de vez en cuando para murmurar frases incoherentes.

Cerró, por fin, el volumen, alzó al cielo su bello semblante, y uniendo las manos, se puso á orar con fervor religioso y sincero, pues por sus blancas mejillas se deslizaron algunas lágrimas silenciosas y tristes, que brotaban, sin duda, de amargas memorias ó de pasados dolores encerrados en el fondo de su alma.

CAPITULO VII

La cacería.

Carolina, al separarse de la incógnita con su madre y su hermana, entró con ellas en el interior de la casa: allí cada una tomó diferente camino.

Berta acudió á la voz desapacible de su marido; Hortensia entró en la cocina para devorar una enorme cantidad de patatas con tocino—su almuerzo cotidiano,—y Carolina subió la escalera para dirigirse al cuarto de su madre y al que ella de soltera había ocupado.

Ambos se hallaban situados en el mismo corredor: era un pasillo angosto, alumbrado por un balconcillo de madera que caía sobre el corral.

Allí se abría la puerta del pequeño aposento donde la joven vivía tan dichosa antes de ser la esposa de Bernardo. Carolina entró, sentóse en una vieja silla, única compañera de otra en mejor estado, y tendió una triste mirada por el aposento.

Su camita blanca, cerrada por cortinas de